

fortuna y de abandonar la búsqueda de la que iba a ser su esposa, se encontró en un ramal del Ferrocarril Mexicano a José Garza, un comerciante que recorría los rieles en un carretón cargado de alimentos, ropa y herramientas que vendía en abonos a los ferrocarrileros.

-En la estación de Boca de San Pedro hay una maestra que se llama Raquelina Montiel.

Daniel le entregó algunas de las últimas monedas de oro que le quedaban y espoleó su caballo, en pos de aquella pista.

-Ahora sé que pronto estaré a tu lado mi amor, -expresó.

Después se perdió en el horizonte que daba rumbo a Boca de San Pedro.

Américo de Luna, jefe de estación de Boca de San Pedro, estaba muy contento de haber conocido a Raquelina Montiel. Gracias a ella los hijos de los ferrocarrileros recibían la instrucción primaria. Mucho tiempo atrás, Joaquina Chávez lo fue a visitar para proponerle a la jovencita como maestra y que ocupara el puesto que estaba vacante.

-Anoche llegó de Anáhuac en el Aguila Azteca y como se quedó dormida le robaron su ropa. Si la aceptas habrá que hacerle un lugar en el carro-escuela y darle un adelanto para que se compre ropa.

Un tanto desconfiado por la seriedad de la profesora, que parecía incapaz de demostrar algún sentimiento, Américo de Luna aceptó ponerla a prueba. La llevó al vagón acondicionado como

habitación y escuela, y le dio posesión de las instalaciones. Luego le entregó un pequeño fajo de billetes y se retiró a seguir con sus actividades.

-Ahora me voy porque tengo que documentar un tren carguero, -dijo.

-Gracias, procuraré no fallarle -contestó.

Ese día José Garza conoció a Raquelina y aunque siempre lo negó, de sus labios brotó el apodo que la gente del pueblo dio a la maestra. Cuando ésta se retiró cargada de blusas y faldas largas expresó: -¿será una gitana? -Alguien lo oyó y el chisme corrió de boca en boca hasta que todos conocieron la noticia de que al pueblo había llegado una maestra gitana. Gracias a las enseñanzas de su padre, impartió muy bien las clases ganándose la confianza de Américo de Luna, quien llegó a quererla como si fuera su hija. Fue precisamente en un callejón que está frente a su casa en que Raquelina aceptó la proposición de matrimonio que le hiciera Cándido Solar una tarde de abril, bajo las sombras de los nogales. Muchos años después bautizó aquella pasada con el nombre de Callejón del Beso y consiguió que las autoridades municipales pusieran una lámina con la nomenclatura, en honor a aquel romance que marcó toda una época en la región.

Después del susto de aquella madrugada, Cándido Solar regresó a la casa para preguntar por la mujer que había confundido con un fantasma, durante su turno de vigilancia en las vías y se encontró con la sorpresa que ya no estaba. Escuchó de mamá, los

inventos que tuvo que hacer para convertirla en la nueva maestra de la escuela del Ferrocarril Mexicano. Preguntó su nombre, su edad, su pueblo de origen y el por qué llegó en tren de carga vestida de novia.

-Se llama Raquelina; lo demás algún día te lo contará ella -le dijo.

Durante meses, Cándido Solar anduvo rondando el carro-escuela, le llevaba ramitos de flores silvestres, dulce de calabaza, aguamiel de maguey, piedras raras que se encontraba en la mina, huevos de gallina, mojarras que pescaba en el río, pero nada le aceptaba.

-No quiero que piense que soy mal agradecida, sé que le debo la vida, pero por ahora no puedo aceptarle nada, no deseo tener ninguna relación con los hombres.

-¿De veras te hicieron tanto daño?

-Sí.
-Yo no pido que me quieras -dijo Cándido Solar, -sólo que me dejes quererte.

-Por ahora no puedo, pero cuando quiera venga a platicar como amigos.

Un día, caminando por la orilla del río, Cándido Solar le contó cómo había llegado a Boca de San Pedro, la ausencia de sus padres cuya imagen apenas recordaba, los maltratos que le daba el viejo barrigón que confundió con Santa Clos y su anhelo de formar un hogar y llenarlo de niños. Ella también abrió su corazón y contó todo lo que le había pasado en su vida.

-Lo peor es que guardo un recuerdo imborrable de aquel amor -le dijo.

-¿Qué es?

-Este corazón -comentó levantándose la falda para mostrarle la pierna izquierda.

-No me importa tu pasado, si me aceptas como esposo, estas manos que ves, trabajarán día y noche para darte alimento y vestido. Con ellas construiré una casa y arrullaré a nuestros hijos, derribaré los más grandes árboles para partarlos en leña y nunca tendrás frío, pero sobre todo, estas manos te abrazarán para darte consuelo en tus ratos de tristeza, limpiarán tus lágrimas y detendrán tu llanto, pero también te acariciarán porque voy a quererte como nadie te ha querido.

Los dos lloraron. Comprendieron que habían nacido el uno para el otro. Ella pidió que la acompañara a la casa de Américo de Luna, al que consideraba como un padre, para pedirle su consentimiento. El esperó bajo la sombra de los nogales, mientras ella adentro escuchaba un "claro que sí hijita, es un buen hombre y tú te lo mereces".

-Gracias papi, no sabes lo feliz que me haces. De nuevo salió corriendo, pero ya no agobiada por la pena, sino llena de felicidad.

Cándido Solar corrió a su encuentro y se fundieron en un beso; por la ventana Américo de Luna observaba, mientras en su mente germinaba la idea de bautizar aquel pasaje con el nombre de El Callejón del Beso.

Aquellos momentos de felicidad ya sólo existían en el recuerdo, aunque Raquelina amaba con toda su alma a Cándido Solar, él se mostraba ausente, ensimismado, con la mirada fija en el infinito, sin nada que lo animara. El calor de los primeros meses de amor se había esfumado con el roce de la piel fría de sus espaldas. Una noche Cándido Solar llegó tomado y ella lo enfrentó decidida a acabar de una vez por todas con aquella pesadilla:

-Si ya no me quieres dímelo, ahora mismo me marcho de tu vida.

-No es eso, tú sabes que te amo. Pero cada noche cuando acaricio tu piel, toco el borde de la cicatriz de tu tatuaje y me atormenta tu pasado, -confesó -siento que muero de celos.

Momentos después cayó en un sueño profundo provocado por el exceso en la ingestión de alcohol, mientras Raquelina pasaba una noche de insomnio. Los gallos cantaron y llegó la mañana con su resplandor. Ella se bajó de la cama y lo miró con mucho amor.

A lo lejos se escuchó el silbato de un tren carguero y una idea fatídica cruzó por su mente.

-Tienes razón, ahora mismo voy a desprenderme de mi pasado; tú también necesitas una prueba de amor.

Entonces salió del jacal y se encaminó hacia los rieles, iba decidida a todo.

Aquella mañana me tocó ordeñar los becerros, mamá y mis hermanos dormían a pierna suelta porque era domingo. Dejé los corrales y caminé con las tinas llenas de leche hacia la casa; iba pensando darles maíz a las gallinas y preparar un poco de salvadillo para los cerdos, cuando frente a mí pasó Raquelina y la saludé como de costumbre. Ella no contestó y pasó de largo; no llevaba su acostumbrada falda larga y entonces un presentimiento hizo estremecer mi corazón. Corrí a la casa, entré al cuarto de mi madre y le grité:

-¡Mamá, mamá, Raquelina va hacia los rieles como alma que lleva el diablo!

-Vamos.

Cuando llegamos hasta ella, los furgones pasaban tan cerca de su cuerpo que casi le rozaban la cara. Mamá, que conocía su secreto, recuperó el aliento que perdió al correr y le gritó:

-¡Por favor no lo hagas!

-No es cosa mía, es cosa del destino -respondió.

Estábamos a escasos dos metros de ella, hablándole, tratando de tranquilizarla; pero no pudimos evitar que se agachara y atravesara su pierna izquierda en el riel. Las pesadas ruedas de acero amputaron su pierna y ella soltó un grito que se escuchó en toda la estación.

El convoy terminó de pasar y en medio de la vía quedó tirada la pierna, y entre la sangre que escurría destacaba el corazón tatuado. Ella ya no gritó, ni siquiera se quejó, su rostro reflejaba un rictus de satisfacción. Con las mangas de mi camisa le apliqué

un torniquete en el muñón para detener la hemorragia; mientras, mamá pedía auxilio con todas las fuerzas que le permitían sus pulmones. Cándido Solar llegó encarrerado y casi muere al ver al ser que más amaba sentado sobre un charco de sangre. Recordó de inmediato el reproche que le hizo en su estado de embriaguez y se arrodilló diciendo:

-Perdóname mi amor, por favor perdóname.

-Ahora estarás feliz, ya me desprendí de mi pasado -dijo señalando la pierna, después perdió la conciencia.

Durante treinta días Raquelina Montiel permaneció internada en el Hospital Minero, donde los médicos Andrés Huerta y José Esquivel lucharon por más de doce horas para salvarle la vida, en la mayor cirugía que se había realizado en aquel tiempo. Los padres de familia hicieron fila para donar sangre en transfusión directa a la maestra de sus hijos, a quien veían escurrírsele el ánimo de vivir por los vasos sanguíneos. Esa fue la única vez que pudieron verla porque los doctores prohibieron toda visita, luego de haber controlado la hemorragia y cauterizado el muñón de la pierna cercenada por el tren. A lo largo de quince días la tuvieron en un estado de coma artificial con ayuda de sedantes, para evitar que en un movimiento brusco se abriera la herida a punto de cicatrizar. También para ablandar su corazón y que no fuera a quebrarse al recibir la noticia de que iba a quedar mocha por el resto de sus días. Sin embargo

aquel presagio fue erróneo, porque cuando decidieron devolverle la conciencia que le habían arrebatado temporalmente, se dieron cuenta que su estrategia tranquilizante no hubiera sido necesaria. Comprendieron que su paciente no había sufrido un accidente en las vías y que su encuentro con el tren fue producto de una acción premeditada.

-Perdió la pierna izquierda -dijo José Esquivel con la voz temblorosa y haciendo acopio de todo su valor.

-Eso era lo que quería -respondió Raquelina.

-¿Por qué lo hizo maestra?-preguntó el Doctor Huerta.

-Por amor.

-No comprende que estuvo a punto de morir, -expresó enojado el Doctor Esquivel.

-Siempre supe que iba a vivir.

-Su esposo está deshecho, no se ha apartado del hospital desde el día del accidente, quiere verla, estar con usted. Por cierto, estos últimos días lo ha acompañado un hombre extraño al pueblo.

-¿Cómo se llama?

-Se llama Daniel, Daniel López; y quiere hablar con usted.

El cazador estaba sentado en una roca observando al conejo que momentos antes había matado y que ahora se encontraba sobre las llamas de una fogata. Su carabina estaba muy lejos de él, quien sin mayor preocupación tenía una taza de café hervido

en la mano que utilizaba para accionar el gatillo de su arma. Sin hacer el menor ruido que lo delatara, un enorme oso de casi dos metros de altura y cuatrocientos kilos de peso se paró a sus espaldas, listo para dar el zarpazo que terminaría con la vida de su enemigo: el hombre.

-¿Cómo lograste esto que se ve tan real?
-preguntó Cándido Solar.

-Taxidermia, -dijo Gumersindo Ramírez, el disecador del pueblo.

-Pero cómo lo logras, la imagen de ese oso y ese cazador son muy reales, sus expresiones, todo...

Jamás pudo arrancarle los secretos de su oficio, pero Cándido Solar consiguió lo que pocos en el pueblo habían obtenido: la amistad del disecador. El era el único ermitaño que existía en Boca de San Pedro; vivía en una cabaña construida con palos de huizache, en lo alto de un lomerío indiferente que los buscadores de metales preciosos abandonaron con docenas de hoyos, sin encontrar una sola veta. Bajaba al pueblo una sola vez al mes a comprar provisiones, y regresaba a la loma sin mirar a nadie porque la gente cerraba las puertas y escondía a sus hijos. Se contaban de él las peores historias y temían que se llevara a sus pequeños y terminarían convertidos en estatuas. Un día, para ganar una apuesta de borrachos, Cándido Solar se aventuró al lomerío y llegó a la cabaña del ermitaño, y lejos de encontrarlo imponente y furioso, lo descubrió delgado y enfermo a causa de una fiebre extraña que adquirió al beber agua en un estanque

natural que la lluvia había formado. Con raíces y hojas de plantas silvestres, preparó un té que dio a Gumersindo durante tres días hasta que pudo recobrar la memoria y volver a su antiguo estado. Fue así como descubrió las figuras de animales disecados y las efigies humanas que Gumersindo construía con polvo de una piedra blanca que encontró en una bocamina y que muchos años después se conocería con el nombre de yeso.

-Es sulfato de calcio -dijo.

-Y tú cómo lo sabes -preguntó.

-Porque soy químico.

Ese día supo Cándido Solar que Gumersindo había huído de la capital para olvidar un mal amor y que vivía alejado de la civilización para evitar volver a enamorarse de otra mujer.

-Estoy en deuda contigo, espero que Dios me dé la oportunidad de corresponderte algún día -le dijo.

Cuando lo vio caminar por la vereda hasta su casa, Cándido Solar jamás imaginó que Gumersindo Ramírez iba a dejar su deuda pagada. Llegó con una caja de madera en cada mano, sofocado por la caminata, pero con el brillo en los ojos de aquel que va a dar una grata sorpresa.

-Abrélas -dijo.

-No puede ser, no puede ser...

En una caja estaba la pierna de Raquelina Montiel, perfectamente conservada y en la otra una pierna similar construida con madera y cubierta por un

extraño material cuya textura mucho asemejaba a la piel.

-Y éste ¿qué material es?

-No puedo decírtelo, porque aún no le pongo nombre.

-Bueno, pero a todo cómo se le puede llamar, preguntó.

-Prótesis, así lo voy a llamar.

Gumersindo tomó asiento; contó que además de disecar, también hacía experimentos con los materiales que encontraba. Por eso cuando vio la pierna de la maestra abandonada en los rieles, pensó en la forma de ayudarlo, buscando algo que supliera el órgano que su esposa había perdido. Estaba en la tienda comprando provisiones, cuando escuchó el grito de la maestra al ser arrollada por el tren.

-Le dije a José Garza que pidiera ayuda, porque al parecer había pasado un accidente cerca de su casa.

A lo lejos observó a Cándido Solar abrazar a su esposa y pedirle perdón, y llevársela cargada rumbo al hospital minero. La gente se retiró dejando la pierna abandonada y él la recogió y se la llevó a la cabaña. Le aplicó un conservador de materia y le tomó medidas para construir una similar. De un tronco de nogal talló la parte blanda hasta darle la forma que necesitaba y luego le dio el acabado con el nuevo material que había inventado.

-Le hice una funda especial para que se adapte al muñón que le quedó a la maestra. El doctor Huerta ya vio la prótesis y dijo que esta tarde se la lleves.

Cándido Solar no pudo recordar más, el ruido del silbato del tren anunciando su llegada lo sacó del mar de sus recuerdos. Ahora sólo faltaba la decisión de su esposa: se iba con Daniel o se quedaba para siempre a iniciar una nueva vida.

Daniel López abrió la puerta lentamente, se acercó a la enferma, le tomó la mano, se agachó y quiso besarle la frente, pero ella lo rechazó con un leve, aunque firme: "no lo hagas".

-La verdad es que no sé por dónde empezar, -dijo.

-Como todas las cosas: por el principio -indicó.

Acercó una silla que se encontraba abandonada en un rincón, se sentó frente a Raquelina Montiel, tomó aliento y comenzó a relatar todo lo que había vivido desde el momento en que estuvo a punto de asfixiar a Macarena Salazar.

-Salí corriendo a buscarte, pero ya no te encontré.

-En ese momento viajaba en un tren sin destino, que me trajo a Boca de San Pedro; iba a morir, pero Cándido Solar me salvó la vida.

Narró que acabó con su fortuna en dos años que anduvo en su búsqueda recorriendo caminos y veredas, ciudades, pueblos y rancherías, cruzando desiertos, lomas y montañas; arroyos, ríos y lagunas.

-Cuando tuve noticias de ti, avisé a tus padres. Ellos esperan que regreses. Yo te sigo queriendo y si así lo decides, haremos una nueva vida.

-Te olvidas que ya estoy casada, soy la esposa de un buen hombre que me ama y me cuida.

Cuando estaba inconsciente, le dijo conoció a Cándido Solar la tarde en que llegó al pueblo y se dirigió a la cantina a lavarse la garganta con mezcal, y a preguntar por su paradero.

-Lloraba como un niño, sintiéndose culpable de lo que te ha pasado. Entre copa y copa Cándido Solar le comentó cómo la había conocido, los grandes festejos que organizó Américo de Luna para celebrar la boda y la desdicha que le causó a Raquelina Montiel el hombre que la engañó.

-Eso no es cierto amigo.

-Y usted por qué lo sabe -preguntó Cándido Solar.

-Porque Daniel López soy yo.

Raquelina se limpió las lágrimas que le rodaban por su mejilla y habló:

-Todo eso ya me lo contó. Acabaron golpeándose en una celda hasta que creyó tu versión.

Daniel López se ganó la confianza de Cándido Solar al grado de que se sentaban juntos en la sala de espera del hospital, durante los últimos días que duró internada Raquelina Montiel. También hizo amistad con el médico Esquivel, de quien obtuvo la información de que sería dada de alta al día siguiente.

-Ya compré dos boletos para irnos mañana en el tren. Si decides irte conmigo, Cándido Solar no se opondrá. Estaré en la sala de espera.

Los médicos del hospital extrañaron la presencia de Américo de Luna, quien tenía varios días de no ir a visitar a la mujer que pregonaba querer como si fuera su hija. Ultimamente se la pasaba encerrado en la oficina de la estación y repentinamente se había marchado, y ni siquiera acudió a acompañarla cuando salió rumbo a su hogar. Lo cierto es que desde el momento en que llegó Daniel López telegrafió a todas las estaciones cercanas a la frontera pidiendo informes sobre él, porque había algo en el tono de sus palabras que lo hacía sospechar. No se equivocó, le llegaron noticias graves que decidió personalmente investigar.

-Su papá está completamente en quiebra hija, ya vendieron las pocas tierras que les quedaban y su única esperanza es que vuelva y se case contigo. De ahí viene su empeño de buscarte durante dos años, -comentó.

Aquella mañana cuando llegó a su hogar, Américo de Luna ya estaba en el interior de la casa para explicar a Raquelina Montiel el motivo de su ausencia. El hecho de que Daniel López era hijo de telegrafista facilitó el acopio de información, por lo que pudo obtener noticias rápidamente.

-Cuando tú te marchaste murió un rico general al que tu madre salvó la vida durante la Revolución, y como no tenía familiares le dejó todo su capital.

Respecto a Macarena Salazar -explicó, -resultó verídica la versión que dio para impedir la boda: -Le

pidió una fuerte cantidad para evitar el escándalo, pero como no se la dio se presentó en la iglesia donde casi la mata.

Raquelina Montiel envolvió con papel de fiesta la caja de madera, se enfundó la prótesis que Gumersindo Ramírez había fabricado especialmente para ella y se apoyó en un bastón que le llevó el carpintero del pueblo. Llamó a Cándido Solar y le pidió que la llevara a la estación. Se subió a la carreta vigilando que su falda larga le cubriera la pierna que treinta días antes le amputó el tren. Durante el trayecto no cruzó palabra con Cándido Solar, a quien hizo temer lo peor y al que sólo pidió que le cargara la caja envuelta para regalo.

-Me la entregas cuando localice a Daniel López.

Raquelina bajó de la carreta, caminó penosamente por el andén apoyada en el bastón de madera y se paró justo en la puerta de la sala de espera. Descubrió a Daniel sentado en las bancas de madera junto a indigentes nómadas, mineros en desgracia y rancheros sin fortuna. El sonrió y fue hacia ella con los brazos abiertos y la tomó de la cintura. Cuando vio venir hacia ellos a Cándido Solar con la caja envuelta con papel para regalo, creyó que se trataba del equipaje. El tren llegó, Cándido Solar salió del mar de sus recuerdos y se puso a observar la escena que jamás olvidaría: Raquelina caminó con Daniel hasta el vagón de pasajeros. El conductor gritó:

"Vámonoooo", y no pudo escuchar las pocas palabras que cruzaron.

-Te decidiste por mí, te decidiste a venir. Gracias mi amor -dijo Daniel.

-Te vas solo.

-¿Qué?

-Que no me volverás a engañar -dijo ella.

-¿Qué?

No pudo decir más, el jefe de la estación llegó, lo hizo subir al escalón del vagón de pasajeros y le aventó la caja de madera gritándole:

-Esto es tuyo.

El tren se marchó llevando entre sus pasajeros a un hombre maldito para el amor y, dejando en el andén a una pareja llorando de alegría. Y como las volutas de humo que salían de aquella máquina de vapor, el viento se llevó los malos recuerdos de Cándido Solar...

-Abuelita, papá, relaten otro cuento.

-Ya no niña es muy noche; además, esto no fue un cuento.

-Está bien, fue un caso de la vida real. Bueno, tú, papá, cuéntame un cuento; aunque sea corto y luego me voy a dormir.

-Está bien Fabiola, pero terminando te vas a dormir.

Cuando Inés del Carmen escuchó a su gallo de la adivinación cantar a las diez de la mañana, supo que